EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

ILUSIONES AL VIENTO

MONOLOGO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. NARCISO GONZALEZ DE MESA

SEGUNDA EDICION

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1891



ILUSIONES AL VIENTO

ILUSIONES AL VIENTO

MONÓLOGO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. NARCISO GONZALEZ DE MESA

AC

Representado por primera vez con éxito en el TEATRO DEL NUEVO
LICEO DE SEÑORAS, de la Habana, en la noche del 8 de Febrero de 1884.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1891

A LA SEÑORITA

DOÑA DOLORES ROSAINZ

Para que fuese por usted representado, escribí este Monólogo, *y á usted lo dediqué; pero después de haberlo visto en escena interpretando usted el difícil papel de* Lucinda, *siendo á usted deudor del éxito obtenido, á la vez que le doy las gracias y el parabién, me veo obligado á declararle mi reconocimiento, quedando siempre su atento S. S. Q. B. S. P.*,

M. González de Mesa.

Habana, 10 de Febrero de 1884.

ACTO ÚNICO

El teatro representa una sala elegantemente amueblada y decorada, con puerta al fondo y un balcón á la derecha del actor. En el lado de la izquierda, frente al balcón, hay un espejo de cuerpo entero sobre una consola baja, y encima de la consola hay unos gemelos de teatro. En el centro de la sala se halla una mesa-velador y sobre ella hay una cajita de ébano y un bastidor con un bordado. En el primer término hay colocada una sillita ó butaca duquesa sobre una alfombra. Al levantarse el telón aparece Lucinda sentada en la sillita y vestida con gusto y elegancia. La escena, en la época actual, en una casa-quinta de recreo de una familia cuya heredera es Lucinda.—Es de día.

ESCENA ÚNICA

LUCINDA

¡Há tres días que le espero!
Há tres días, ¡y no viene!
La esperanza me sostiene
en la impaciencia en que muero.
En vano acudo al balcón,
y con afán la mirada
tiendo al campo. ¡Nada, nada
de la vega en la extensión

hallo que pueda calmar
de este mi amor el anhelo,
y lloro con desconsuelo!
(Se levanta y se dirige al balcón.)
Volveremos á mirar.
(Hace que mira sin traspasar el umbral del balcón.)
¡Desierto todo! ¡No viene!
¿Qué me importa la hermosura
de ese valle cuya hondura
en sí mi amor no contiene?
(Baja al primer término.)
Valle hermoso, engañador,
que sus campestres ruídos,
todos finge á mis oídos
como lo quiere mi amor.
Si la juguetona brisa
mueve á la fresca enramada,
me figuro, enamorada,
que es de Fernando la risa.
Si algún labriego cantando
alza su voz junto al río,
ya piensa mi desvarío
que es la voz de mi Fernando.
Si un zagal vuelve al otero
con su rebaño y ahí pasa,
ya se cree mi dicha escasa
que llega un potro ligero,
y sobre el potro un gentil
ginete, sueño que miro,
y escuchar creo un suspiro
que á mi pecho arranca mil.
Y así pensando, con prisa
amante, acudo al balcón
donde muere mi ilusión
en las alas de la brisa.
Porque al tender la mirada
por la extensión de la vega,
¡no le veo! Sólo llega
á mí el son de la enramada.
Y del labriego cantor
la voz que imitar procura
en lo dulce la ternura

del trino del ruiseñor.
Y oígo el grito del zagal
que su rebaño conduce
hacia el río que reluce
con la luz como un cristal.
Y escucho un himno do quiera
y do quier amores miro,
mientras, doliente, suspiro
de mi Fernando en espera.
Y Fernando no parece,
y áun á mirar me provoca
mi esperanza, que por loca,
ser mi esperanza merece.
Entonces yo del balcón
quiero separarme airada,
y no puedo, que clavada
me deja allí la ilusión.
Y cada sombra que crece
en el campo ó en el camino,
que es mi doncel peregrino
viniendo á mí, me parece.
Y al ver que no, el desconsuelo
de mi engaño me anonada,
y dirijo la mirada
á lo insondable del cielo.
Y llega madre, y mirando
en éxtasis me sorprende,
y murmurar se la entiende:
¡Fernando, es mucho Fernando!
(Transición.)
No vuelvo más al balcón.
Y ¿para qué, Virgen pura?
Cuando él no se apresura,
ó hay desamor ó hay razón.
¡Ya vendrá!... ¿Y si no viene?
No mirar es lo mejor.
¿Y si viene? ¡Ay, amor,
cómo dudo!—Me conviene
ver si esta vez no me engaño...
¡Cuánto me alegrara yo!
Por supuesto que si no
viene, no miro en un año.

(Se llega con celeridad hasta el umbral del balcón y mira hacia el campo.)

¡Nadie! Zagalas, pastores,
sonriente la llanura;
el sol hermoso en la altura
y el campo lleno de flores.

(Vuelve á bajar al primer término.)

¡Y de mi amante, ni el rastro!
y eso que dice que adora
la perfección seductora
de mi rostro de alabastro,
de mis labios de coral,
de mis manos de jazmín,
de mi voz de serafín.
¡Y mi alma celestial!
¡Bonita sería yo
si fuese así remendada
de tanta cosa mezclada,
según él me retrató!
Y si no, vamos á ver,
que aquí guardo sus papeles,
más melosos que las mieles
que puede la abeja hacer.

(Saca un papel de la cajita de ébano que hay sobre el velador, y mientras lee se busca mimícamente las perfecciones y gracias que le achaca su novio en el escrito, y al efecto se coloca delante del espejo sin afectar que lo nota por más que lo hace intencionalmente; y aunque el tono en que declama sea algo burlón y lleno de gracia infantil, ha de dar á entender que siente algo de vanidad y que no encuentra el retrato ni malo ni inmerecido.)

(Leyendo.)

«El talle esbelto,
la planta breve,
rizos sedosos,
cutis de nieve,
ojos muy negros,
mano pequeña,
miel en los labios,
tiene mi dueña.» (Representando.)

¡Qué exagerado!
¡Qué adulador!
(Dirigiendo al espejo la voz y el ademán.)
Y tú, ¿qué dices?
¿Que sí? (Haciéndose la incomodada.)
¡Pues no! (Volviendo á leer.)
«Su linda boca,
botón cerrado,
nido de perlas,
flor de un granado,
donde su acento
brota sonoro,
de esencias ricas
es un tesoro.» (Representando.)
¡Esto es más grave!
él no lo sabe,
tampoco yo.
Y aquí el espejo
queda perplejo,
pues nunca olió. (Vuelve á leer.)
«Las flores nacen
donde ella pisa;
en sus alientos
bebe la brisa;
cuando despierta,
sale la aurora;
tal es el ángel
que me enamora.» (Representando.)
¡Cuántos embustes!
¡Qué trapalón!
Bien dicen: ciego,
ciego es Amor.
Y ahora es lo grande:
la conclusión
si esto es mentira,
sabremos hoy. (Leyendo.)
«Si ríe, me río;
si llora, sollozo;
su bien es el mío;
su gozo es mi gozo.
Y es tan inmenso mi amor,
que mi sér está en su sér,

y mi vida está en su vida
como el cáliz de una flor
preso está desde el nacer
en las hojas donde anida.»

(Representa y vuelve á meter el papel en la cajita.)

¡Esto es sublime!
¡Y esto escribió
por conquistar
mi corazón!
¡Y más me dijo
de viva voz!
¡Todo mentiras!
No: ¡todo no!
Que hay en amores
mucha ilusión,
y de ello pruebas
yo misma doy.
Y Amor no es ciego...
¿Quién tal pensó?
Grandes sus ojos
son como el sol.
Y así exagera
lo que miró,
y siendo cándido,
es un bribón.
Como Fernando,
mi dulce amor,
en fin; volviendo
á ese balcón...

(Se dirige al balcón con intención de mirar; pero retrocede, y bajando al primer término, se sienta en su sillita. Al mismo tiempo saca una carta del corpiño ó del bolsillo.)

¡Guarda, Lucinda!
Mirar más, no.

(Leyendo la carta.)

«Mañana, paloma mía,
junto á tí respiraré,
que lejos de tí no sé
si ya vivir más podría.
Pasar la vida querría
á tus piés eternamente,

viendo fijarse luciente
tu mirada en mi mirada,
donde quedas retratada
como el sol en una fuente.
Mañana voy, sí, bien mío,
á pedirte por esposa,
más amante que la rosa
es de la luz y el rocío.
No ambiciono poderío;
y áun el oro despreciando,
sólo, despierto y soñando,
cifro toda mi ambición,
en que me ames con pasión,
como te ama tu *Fernando*.»
(Representa.)
¡De hace cabales tres días
tiene la carta la fecha!
Por eso mi afán acecha.
Y ¡no viene! ¡Qué agonías!
Aunque diz que en alegrías
de boda no hay que creer,
decir esto á una mujer
que se siente enamorada,
es dar gloria anticipada
á quien la puede perder.
(Besa la carta, la guarda y se levanta.)
Está visto: ¡soy muy loca!
Ya iba á desesperar.
¿Decirme esto y no amar?
No es mi Fernando de roca;
sólo esperarle me toca
por más que impaciente espere.
Mi impaciencia se modere
de mi amor con la ilusión,
porque es ella, en conclusión,
un bálsamo del que quiere.
(Toma los gemelos y se acerca al balcón, por donde con ellos mira hacia el campo.
Imposible es resistir
y en amor loco es jurar:
otra vez voy á mirar
por si le veo venir.

(Va bajando lentamente al primer término, después de haber mirado al campo.)

¡Nada! ¡Nadie! ¡Si yo ir
pudiese en mi pensamiento!
¡Yo con *él* diera al momento!
Y entonces ni sufriría,
ni, soñando, escucharía
mi ilusión la voz del viento.
¿Qué es la ilusión? Desengaño
de la verdad á la luz.
Y el amor, ¿qué es? Una cruz
para el mártir del engaño.
¡Sin duda! Pero ese daño,
ese gozar de memoria,
es del amor en la historia
no escrita, hermoso delirio
que se anticipa al martirio
con el sueño de la gloria.

(Vuelve á ir hacia el balcón.)

Otra miradita á ver
si ya viene el caballero.

(Mira con los gemelos por el balcón.)

No hay camino ni sendero
que me le pueda esconder.
¡No viene! ¡Cómo ha de ser!

(Deja de mirar.)

Ya no hay ni labradores,
ni zagalas, ni pastores:
que es medio día, y la siesta
duermen hora en la floresta
á la sombra y sobre flores.

(Vuelve á mirar.)

Allí veo... ¡necio afán!

(Deja de mirar y se ríe.)

¡Si va á pié y si es mujer!
¿Cómo Fernando ha de ser
galopando en su alazán?
¿Si mis ojos no querrán
ya ver claro?... ¡Santa Rita!
¡Valme, santa, en esta cuíta,
porque más mi afán no aceche!

(Vuelve á mirar al campo.)

¡Á ver!—Aquella es Rosita...
¡Justo! Mi hermana de leche.
¿Donde irá con tal calor
esa niña delicada
á pié, sola, apresurada
y vestida con primor?
¡Quizá en busca de mi amor!
(Deja de mirar y vuelve al primer término.)
Porque ella salir no suele...
¿Hará el diablo que me encele?
¡Tal vez pensarlo es locura;
pero verdad ó impostura,
cuando se miran, me duele!
(Coloca los gemelos en la mesa, toma el bastidor y se pone á bordar, sentándose en la sillita.)
¡Y hoy más! Y es hoy mi dolor
porque á envidia me provoca.
¡Bien topar puede esa loca
en el camino á mi amor!
Mas, ¡qué importa!
(Diciendo con tono zumbón.)
Si aunque es flor
fresca, aromosa y bonita,
no tiene esa señorita
ni las manos de jazmín,
ni la voz de serafín,
ni de azúcar la boquita.
¡Tiene las palmas tan grandes!
Y son mal hechos sus piés,
y roja amapola es
su cara de hija de Flandes.
Blanca nieve de los Andes.
¡Es verdad! cayó en su cuello,
y tiene rubio el cabello
y labios como el coral;
pero ni ella es celestial,
ni Fernando piensa en ello.
(Aludiendo al bordado en que trabaja.)
Una *efe* y una *ele*
enlaza mi aguja aquí.
Y bordo á gusto: ¡eso sí!
¡El pañuelo me consuele!

¡Me puncé!
(Deja de bordar y se oprime el dedo.)
¿Por qué me duele
que Rosita corra el valle,
si aunque Fernando la halle
no ha de dejar de correr,
pronto por venir á ver
á la dueña de mi talle?
Pues la razón es muy obvia;
sin importarla una *o*
antes le verá que yo,
¡que le espero y soy su novia!
La desazón que me agobia
no es, por lo tanto importante:
tal vez dentro de un instante
le veré á mis piés rendido...
Tal vez será mi marido...
¡tal vez! si sigue constante.
Que si constante no es,
no he de tener compasión,
ni aunque el mismo corazón
se arrancara aquí á mis piés.
Mujer que sufre el revés
de insconstancia y finjimiento,
y mira que su contento
mata el amor con traiciones,
sin dudar sus ilusiones
debe rotas dar al viento.
Y no debe lamentarse
ni gemir, ni alborotar;
y si llora, ha de llorar
sin que *él* pueda recrearse.
Pero ¡Dios mío! exaltarse
como yo, sin un motivo,
es de mal gusto y nocivo,
y es además poco cuerdo;
y pues guardo su recuerdo,
no se por qué me desvivo.
¿Serán los hombres así
cual nos las mujeres somos?
Que todas, según asomos,
deben parecerse á mí.

Quizá ellos no; quizás sí;
pero por si acaso no,
Dios de modo lo arregló,
(¡y no es poca la fortuna!)
que ellos no oigan á ninguna
que habla á solas como yo.
Basta, y á bordar, Lucinda:
no más, no más desazones,
y vivamos de ilusiones,
gloria que el amor nos brinda.
(Vuelve á bordar.)
Hasta que el tiempo las rinda
con la verdad, mi consuelo
son las cartas y el pañuelo,
prendas todas de Fernando;
y leo, y bordo, y pensando
en él aún vivo en el cielo.
¡Otra punzada! ¡Y van dos!
(Deja de bordar y apretándose un dedo se levanta.)
Sangre del dedo me brota...
¡Ay! ¡Cuánto por esta gota
diera él, bendito Dios!
¡Ya ver me parece en pos
de mí cuán loco corriera,
si esta mi herida él supiera!
(De repente se pone á escuchar con mucha atención)
Sí, sí: galopa un caballo...
¡Es el suyo! ¡Ay, yo estallo
de alegría...! ¡Dios lo quiera!
Pero aún lejos ha de estar...
¿Y si no es...? ¿Por qué no?
De la duda salga yo
aunque me vuelva á engañar.
(Se llega al balcón y mira hacia el campo.)
¡El es! ¡él es sin dudar!
Viene como un torbellino.
Mas... ¿por qué tuerce el camino?
¿Y por qué...? A ver .. ¡á ver.. !
¡Se dirige á una mujer!
¡Dios mío, yo pierdo el tino!
(Coge con precipitación los gemelos y mira con ellos.)

¡Es Rosita! ¡sí! ¡es Rosita!
¿Qué le tendrá que decir?
Nada que me haga sentir.
¡Pero es ella tan bonita!
(A intervalos mira al campo según indica el verso.)
Y no escucharlos me irrita;
porque las carga Luzbel
y no siempre... ¡Angel Gabriel!
Juntos sin sed amororosa,
se ven una blanca rosa
y un encendido clavel.
¿No lo dije? Ella el estribo
le sostiene y él se apea.
¡Y del brazo la pasea!
¡No sé si muero ó si vivo!
¡Y se quieren! ¡positivo!
Sí: ¡se quieren! ¡Ah, Fernando!
Y ¿no piensas que mirando
puedo estar vuestro paseo,
porque mi amante deseo
aquí me tiene acechando?
(Arroja con ira los gemelos y se retira del balcón.)
¡Tanta maldad me avergüenza!
No miro más, ¡no, por Dios!
¡Mi desvío hacia esos dos
haz, Señor, que nunca venza!
(Al decir el verso anterior se halla ya delante del espejo y mirándose en él recita lo siguiente.)
¡Ya no es sedosa mi trenza!
¡Ni son mis manos juzmines,
ni cantan los serafines
cuando mi belleza asoma,
ni es ya mi aliento el aroma
tesoro de los jardines!
¡Ya soy fea! ¡sí! ¡muy fea!
(Rompe á llorar cubriéndose el rostro con ambas manos.)
¡Ya sólo debo llorar!
(Se serena de repente y dice bajando al primer término.)
¡No! Llanto, no. ¡Que el pesar
en mi rostro no se vea!

(Toma la cajita de ébano y después se sienta. Mientras recita va con una tijera cortando las cartas de Fernando á pedazos, colocando éstos en el pañuelo que arranca del bastidor. Son sus movimiontos nerviosos y su acento de despecho.)

¡Que ese ingrato no se crea
que perder su amor yo siento,
cuando me da gran contento
no gemir en sus prisiones,
víctima de las traiciones
de su faláz fingimiento!
Suyo es el crimen, no mío;
de él la culpa y yo inocente:
no siendo yo el delincuente,
llorar fuera un desvario.
Ya estoy serena; ya rio,
y doy mil gracias al cielo
por haber alzado el velo
que á la inconstancia encubría
y un porvenir me ofrecía
en el mar del desconsuelo.

(Se levanta tomando el pañuelo por las cuatro puntas, dentro del que se hallan las cartas troceadas y se dirige al balcón por donde mira al campo.)

¡Ya no están! Ya por la senda
del atajo habrá venido
ese amoroso bandido
de su amor á hacerme ofrenda.
Guarde á Rosa la prebenda,
si á Rosa traidor no es,
mientras yo del entremés,
al mirar el fingimiento,
con lágrimas de contento
la paz vuelvo al corazón,
y arrojo por el balcón
mis ilusiones al viento.

(Arroja el pañuelo por el balcón y se pone á mirar con fruición cómo vuelan los pedazos de papel, de los que algunos vuelven á entrar en la escena á intervalos, como rechazados por el viento. Lucinda, con el abanico, los va aventando hacia afuera mientras les dice.)

Fuera de aquí, mariposas:
son vanas vuestras fatigas.
¡Afuera! ¡Afuera, enemigas!
¡Al campo! ¡Al campo! ¡allí hay rosas!
(Baja al primer término y dice dirigiéndose al público.)
Aprended, niñas hermosas,
cuando améis, de la traición
á guardar el corazón;
que no puede el sentimiento
irse en las alas del viento
como se va la ilusión.
(Vase Lucinda corriendo y cae el telón con rapidéz.)

FIN

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.